

**Ígneo**

**Capítulo VI: El Gremio**

Los relatos sobre la batalla llegaban fragmentados al salón del Maestro del Gremio. Mientras Edea adecentaba los tapices y jarrones y colocaba las alfombras. Cada pocos minutos llegaban nuevos mensajeros para informar al grupo que estaba reunido sobre una mesa al fondo de la enorme habitación.

Ella procuraba no prestar mucha atención a lo que decían: de todos modos, no era su problema, pero los años trabajando le habían desarrollado un especial interés por los hechos ajenos de modo que involuntariamente, y sin que ella quisiera, sus oídos empezaron a captar parte de las conversaciones y dado que no iba a hacer de menos aquel don que los dioses le habían otorgado, comenzó a escuchar con todos sus sentidos.

- Parece que eran imperiales – dijo un anciano que siempre le miraba lascivamente cuando le servía alguna bebida. – Deben de haber enloquecido tras la caída del Emperador y se han lanzado contra aquí.
- ¡No les creía posible! – exclamó el Maestro. - Lanzarse de esa manera contra nosotros.
- No me extraña que estuvieran locos frente a la masacre que han provocado – dijo una voz que Edea no pudo ubicar muy bien. - Han muerto todos.
- ¿Cuántas bajas hemos tenido entre nuestras filas? – preguntó el anciano.
- Unas doscientas, en un número bastante elevado, pero nos pillaron completamente por sorpresa, la mayor parte de las muertes fueron provocadas por nuestras propias flechas, pero era necesario, un ataque tan rápido no podíamos saber qué consecuencias habrían tenido. - explicó el Maestro. - Conseguimos matarlos a todos, a excepción de unos pocos prisioneros que interrogaremos para conocer sus intenciones.
- ¿Podemos esperar otro ataque de ese tipo? – preguntó de nuevo aquella voz.
- No parece posible, ya que estos serían los últimos imperiales de la ciudad. Pero tenemos que estar precavidos, ya que han causado grandes daños, los labradores se han ofrecido para reforzar la vigilancia en torno a los barrios colindantes a la Puerta y los herreros están aumentando el número de guardias que realizan, los carpinteros ya están instalando nuevas barricadas de defensa.

Realmente parecía una conversación bastante relajada a pesar de que estaban tratando asuntos muy graves. Edea ya había escuchado sobre la batalla, de hecho, había podido oír los gritos desde el comedor cuando estaba limpiando la mesa, dado que se había desarrollado en la Puerta Sur, apenas a unas calles más allá del Cuartel del Gremio, donde trabajaba.

Estaba preocupada y no podía dejar de mostrarlo, no sabía quién estaba entre las bajas y su hermano había estado de guardia aquella mañana, pero el Maestro era muy estricto no les había dejado abandonar su puesto, aunque fuera solamente unos minutos a informarse. Se retiró de la habitación dejando a la reunión continuar y bajó hacia las cocinas.

El Cuartel del Gremio no era más que una casa bastante grande, pero de corte bastante humilde, apenas había cosas de valor, excepto tal vez algunas de las pertenencias del Maestro del Gremio. Edea había entrado a trabajar allí había apenas unos meses, pero se sentía como en su propia casa: podía ir de un lado a otro sin dar explicaciones, tenía comida caliente siempre que se lo pidiera a la vieja Huntris con un poco de amabilidad y sobre todo un lugar caliente en el que acogerse, además el sueldo, aunque no era muy

elevado le permitía tener algunos caprichos. Y era un lugar bastante seguro en la ciudad después de los acontecimientos que habían sucedido.

Tras la revolución de los esclavos el caos se había instalado en la ciudad y la guerra acampaba por las callejuelas donde antiguamente jugaban los niños. Sin embargo, el Gremio había conseguido mantener más o menos una normalidad en torno a la Puerta Sur. Ya no había soldados pero el propio ejército del Gremio lo había sustituido, las leyes eran creadas por el Maestro y sus consejeros y también ejercían la justicia. No eran tiempos muy buenos, pero conseguían sobrevivir.

En el fondo Edea entendía a los esclavos, los había visto trabajar durante tantas horas que si ella hubiese tenido que hacerlo habría terminado muerta. Les entendía, pero no debían haberse alzado de esa manera. Habían provocado muerte y guerra, probablemente podrían haberlo hecho de otra manera, seguramente una protesta pacífica habría servido para que les mejorasen la situación. Pero cortarle la cabeza al Emperador no creía que fuera muy bueno para las negociaciones.

Edea bajó hasta las cocinas y cogió un pequeño pastelito que veía en una enorme bandeja.

- Niña, no deberían tocar los pasteles a estas horas – dijo una voz ronca pero amable.
- Venga vieja Huntris, no seas tan cruel que llevo todo el día trabajando – le replicó con una sonrisa.
- Te tengo demasiado consentida – pero al instante su tono de voz cobró un cáliz mucho más grave y duro. - ¿Sabes algo sobre lo que ha sucedido en la batalla?
- Solo he oído que han muerto los imperiales y que han causado bastantes daños, pero no sé más.
- Vaya locura, en todos mis años de edad no había visto nada igual a esto.
- Pero con todos los siglos que tienes tuviste que ver la conquista de las provincias orientales vieja Huntris.
- ¡Pero muchachita! No sé cómo te enseñaron a contar en la escuela, pero no tengo tantos años.

Edea soltó una carcajada. Desde luego aquella señora le caía demasiado bien. Desde que había llegado la vieja Huntris solo había hecho que protegerla y ya la consideraba como una segunda madre.

- ¿Necesitas que te ayude con algo? – preguntó la joven.
- Pues ahora que lo dices, parece que todos están tratando de escaquearse hoy y no puedo culparles por ello, así que me vendría bien que me subieras unas cuantas trampas para ratones. ¿Podrías ir a buscarlas?
- Ahora mismo.

Edea se encaminó hacia los sótanos, que eran un laberinto enorme y conectado a través de varios puntos de la casa. Se decía que era posible acceder directamente desde cualquier punto del barrio a la casa a través de esos sótanos.

La joven no era muy entusiasta de bajar allí ya que había muchas sombras y solía asustarse con facilidad, de hecho, en un par de ocasiones los mozos de las cuadras se habían escondido para asustarla y de paso robarle un beso. Pero cuando ella les robó un gemido de dolor en sus partes pues no parecían volver a tener intención de hacerlo.

Mientras bajaba allí y las tinieblas comenzaban a sumirla en su plácido reino, Edea pensó en su hermano y en donde podría encontrarse en aquellos momentos. La preocupación comenzó a agobiarla por lo que decidió dejar correr sus pensamientos.

En el Gremio, por ejemplo, resultaba curioso lo que puede hacer la gente si se ayuda mutuamente. Su madre siempre le había contado la historia desde que apenas tenía uso de razón ya que gracias a ellos habían recibido ayuda cuando su padre murió.

El Gremio nació hacía casi un siglo, como un grupo organizado de gentes humildes pero que eran libres y que tenía multitud de distintas ramas dentro: herreros, alfareros, agricultores... Eran gente que no tenía muchos recursos ni dinero, pero estaban cómodamente asentados en la vida, sin muchos privilegios, pero sin ser el último escalón de la sociedad, como ocurría con los esclavos.

Fue fundado en un principio como un intento de las clases bajas del Sur de Androl de emular a la rica y poderosa Sociedad de los Mercaderes del Puerto, llegando a usar sus reglamentos, pero estos pronto les enseñaron que estaban en sitios completamente distintos. El Gremio, viendo que era imposible competir con la Sociedad de Mercaderes, dejó de lado sus pretensiones comerciales y se convirtió en una ayuda entre los distintos trabajadores: regulando precios, fijando ayudas y fomentando los mercados semanales que fueron bastante fructíferos. El Gremio prosperaba a pesar de que no era muy rico.

Su principal asentamiento era la Puerta Sur, desde donde solían llegar las poderosas caravanas terrestre y grandes mercancías, casi todo ello estaba controlado por los mercaderes, pero con sus mercados, el Gremio comenzó a hacerse notar y adquirir cierta estabilidad.

Por ello no fue raro que cuando estalló la revuelta corrieran a proteger su más preciado tesoro y hacerse con el control del acceso de la ciudad. Ofrecieron su ayuda a los esclavos ya que ambos conocían la dureza de la vida y se mantuvieron con el control de la Puerta Sur de la ciudad. Ahora el Gremio se mantenía protegido allí mientras los esclavos y mercaderes competían y luchaban por el poder.

Edea llegó a una puerta bastante desvencijada y la abrió con la única respuesta de un lento quejido surgido de la madera al moverse. En el interior de aquella habitación la oscuridad era aún más profunda y sus ojos tardaban en acostumbrarse a la pobre calidad de la luz que se filtraba a través de las rendijas del techo.

La habitación estaba llena de cajas, desparramadas por todos los rincones y agrupadas sin ningún tipo de control. Desde luego la vieja Huntris podría haberle avisado de dónde exactamente estaban las trampas porque las cajas le parecían todas iguales.

Se acercó a unas cuantas, y miró dentro de ellas: era extraño porque estaban llenas de mercancías de los más variadas y lejanas: desde granos de trigo de provincias del Norte, frutas de las delicias, herramientas de las Montañas Azules y demás mercancías. Edea se quedó pensando durante un momento, extrañada: era muy raro tener allí todos aquellos productos cuando normalmente allí solo había sacos de sal y cajas llenas de trampas para ratones. Eran mercancías muy caras, algo propio de los mercaderes que nunca habían comercializado desde el Gremio.

De repente escuchó un ruido, Edea no sabía por qué, pero un extraño impulso la llevó a ocultarse detrás de unas cajas. No estaba haciendo nada malo, simplemente estaba en un sótano donde se almacenaban productos que los criados utilizaban, nadie podía decir que estuviera haciendo algo incorrecto. Pero, sin embargo, sus músculos parecieron no responder y se movieron como guiados por unos hilos invisibles, llevándola a ocultarse detrás de la puerta.

Dos figuras entraron dentro del almacén, la criada reconoció sus voces al instante, eran el Maestre y aquel señor con esa voz que no reconocía que había estado en la reunión en la Sala.

- Aquí es, Lluin – dijo el Maestre, al parecer ese debía de ser el nombre de su interlocutor.
- Está completamente lleno -dijo Lluin. - ¿Cuándo llegó?
- Esta madrugada, espero que nadie se haya enterado, utilizaron un acceso al sótano bastante lejano.
- ¿Y no hay peligro de que alguien lo descubra?
- Por eso te he traído aquí, los criados están siempre bajando al sótano a por provisiones y no sé en qué habitaciones tienen guardadas cosas y en cuáles no. Tienes que coger toda esta mercancía y guardarla lo antes posible, antes de que se entere nadie de que está aquí.
- ¿Pero dónde voy a guardarla yo?
- Me hablaste de un almacén semiderruido a pocas calles de aquí. Podrías guardarlo allí y tenerlo vigilado. No quiero que nadie nos lo robe, son materiales muy caros y se venderán a buen precio.
- ¿Cómo los has conseguido?
- ¿Crees que durante todos estos años he estado quieto viendo como esos cabrones de los mercaderes se hacían ricos? – contestó con una pregunta el Maestre. - Conseguí los contactos y ahora somos nosotros los que controlamos que llega a través de tierra a la ciudad. Y con la guerra va a venderse todo rápidamente. En cuanto haya vendido esta partida nos repartiremos los beneficios. Es mejor que no se entere nadie más de esto.

Su conversación se volvió más susurrante y a Edea le costaba distinguir las palabras que pronunciaban. Se esforzó un poco más pero apenas podía distinguir los fragmentos de las frases que intercambiaban. Lo único que pareció sacar en claro fue:

- ¿Y eso? – susurró muy lentamente Lluin.
- Ya está todo listo y preparado para cuando llegue el momento – le pareció escuchar al Maestre.

Ambos tenían un tono distinto al anterior, como si fuera algo mucho más grave y preocupante de lo que habían estado hablando antes.

Y poco después sus voces desaparecieron y se alejaron sus pasos bajo el crujido de sus botas. La criada permaneció unos minutos más en su posición, sin moverse y sin apenas permitirse respirar mientras trataba de darle coherencia a aquella conversación.

El Maestre y aquel señor estaban comerciando con materiales caros de forma clandestina. Y lo mantenían todo en secreto probablemente para llevarse los beneficios entre ambos.

Edea no podía creérselo, varios de los estatutos del Gremio establecían que el Maestre no debía de tener actividades comerciales ni realizar negocios para evitar que se favoreciera con las medidas y no podía lucrarse de su puesto. Pero parecía que precisamente estaba haciendo todo lo contrario. Y en cuento esa parte de la conversación final, no sabía que decir, pero el tono de voz le había parecido tan siniestro que no podía estar más que preocupada.

En ese momento los pensamientos sobre su hermano volvieron a asaltarle, había tratado de alejarlos, pero la golpearon con más fuerza aún. Había pasado ya muchas horas y seguía sin tener noticias suyas y todo aquello no había hecho más que acrecentar su temor.

Subió de nuevo a las cocinas, completamente desorientada y sin saber muy bien por donde iba. Por supuesto, nada más verla la vieja Huntris le preguntó:

- ¿Y las trampas? ¿Las has traído? – mientras observaba con un tono preocupado a la joven.

Edea miró hacia sus manos y se dio cuenta de que se le había olvidado traerlas.

- Lo siento mucho vieja Huntris, creo que se me ha ido por completo la cabeza. No sé qué me pasa – dijo con un tono vago y cansado.
- Estás muy rara hija. ¿Quieres un poco de agua?

La criada asintió distraídamente y al instante la vieja le daba un pequeño vaso con agua fresca. Sin embargo, ni siquiera se lo llevó a los labios.

- ¿No te parece que somos como hormigas en un juego de niños? – pregunto a todos, desde los cucharones, a la cazuela que comenzaba a humear pasando por la vieja Huntris.
- ¿Qué dices niña? – preguntó cada vez más preocupada la vieja. - Creo que ya sé lo que te pasa, sigues preocupada por su hermano ¿verdad?
- Sí – dijo vagamente.
- Mira, yo no te lo he dicho, pero puedes escaquearte unos minutos a la Puerta para comprobar que ha pasado y conseguir noticias. Yo te cubriré. No tardes mucho, ve rápido y procura que nadie te vea.

Edea salió corriendo. No sabía por qué estaba tan alterada, tal vez fuera por la conversación que había oído, ella siempre había considerado al Maestre del Gremio como una persona sabia y responsable, que en esos tiempos tan difíciles estaba dedicado en cuerpo y alma en ayudar a toda esa gente humilde para guiarla por el mejor camino de la supervivencia. No que se estaba llenando los bolsillos haciendo negocios a espaldas de todo el mundo. O tal vez fuera porque llevaba demasiado tiempo sin noticias de su hermano. Sea como fuera, lo único que podía hacer era correr por las calles. Las lágrimas no salieron de sus ojos, había aprendido con los años que las frustraciones debían combatirse por lo que se dirigió hacia la Puerta Sur.

Desde luego el espectáculo no era muy halagüeño: algunas de las construcciones apenas estaban reconocibles y el suelo estaba plantado completamente por flechas, como si se tratara de una especie de agricultura de guerra.

Pero sobre todo los cadáveres. Amontonados por todos lados y sin ningún tipo de orden. Habían empezado a arder hogueras donde se iban arrojando y el ambiente estaba lleno de un olor dulzón y empalagoso. Extrañamente cálido y repulsivo al mismo tiempo.

Edea trataba de no mirar a las caras de los cadáveres cuando pasaba junto a ellos, pero sabía que era algo imposible: la curiosidad le podía. No reconoció prácticamente a nadie, algunos porque estaban desfigurados por las heridas y otros porque nunca los había visto, solamente un puñado podría haber dicho que se lo habría cruzado alguna vez y apenas uno que sí le pareció reconocer, pero tampoco le dio demasiada importancia.

Llegó al centro de la plaza, justo delante de la puerta, donde se había formado un grupo de personas que trataban de informarse unas a otras. Los guardias trataban de poner orden, pero era imposible: el grito desgarrador de las madres al enterarse de las muertes de los hijos se mezclaba con el de los familiares tratando de encontrar a sus seres queridos.

Edea no fue menos que ellos y comenzó a gritar con fuerza el nombre de su hermano:

- ¡Kristan! ¡Kristan!

Gritó hasta que la garganta le ardía tanto que apenas era capaz de pronunciar otra palabra. Gritó cada vez más fuerte sin cansarse, hasta que por fin una mano se depositó sobre su hombro. Y al girarse, allí estaba, Kristan, de una pieza, sin un rasguño que surcara su rostro.

Edea se tiró a sus brazos y se fundieron en un cálido abrazo de amor fraternal. Aunque al instante se separaron y Edea cruzó el rostro de Kristan con una sonora bofetada.

- ¡Podrías haber avisado de que estabas vivo! – exclamó indignada.
- Vaya recibimiento – dijo su hermano mientras reía.
- ¿Cómo es posible que no hayas dicho nada?
- Estábamos muy ocupados con todo lo que ha sucedido, y estaba bastante preocupado por mucha gente de la batalla. Ni siquiera me he acordado de que tenía que informaros de que estaba vivo.
- ¿Cómo fue la batalla? Cuéntame.
- Fue horrible, Edea, yo creía que las batallas eran algo noble y heroico, pero no fue así. Eran gritos y sangre por todos lados y me asusté tanto que solo pude mantenerme callado y alejado de las primeras líneas de lucha. Prácticamente no hice nada por ganar. No soy nada más que un cobarde.
- No eres un cobarde. Cualquiera habría hecho lo mismo en tu lugar.

Tal vez en eso estuviera el secreto. En ser un cobarde. En quedarse callada y sin decir absolutamente nada de aquello que había visto. De seguir el ejemplo de su hermano. Tal vez no fuera entonces la persona más noble del mundo, pero por lo menos seguiría viva, con un techo sobre su cabeza y comida en el plato cada día.